

Foro de debate

Por una transformación del diseño escolar

FERRAN RUIZ TARRAGÓ / Autor de 'La nueva educación', premio de ensayo 2006 de la Fundación Everis

El entorno físico en el que se desarrollan las actividades de enseñanza y aprendizaje es un factor que tiende a pasar desapercibido en los debates sobre los mediocres resultados de la educación española. Dicho entorno viene determinado por las concepciones pedagógicas que guían o que en su momento guiaron el diseño arquitectónico de los centros educativos, por la calidad de realización y de acabado y por los niveles de mantenimiento y de equipamiento. Aunque todo esto no es ajeno a la financiación, disponer de una arquitectura escolar que estimule el aprendizaje de todos los alumnos no es sólo una cuestión de recursos: la visión sobre los objetivos, los métodos y las situaciones es del todo fundamental.

Tal vez el entorno no sea el factor más importante para el desarrollo de los individuos y su éxito académico. Sin embargo su peso, no por desconocido, es menos digno de análisis. Nadie sabe cuánto aprendizaje deja de materializarse a causa de una escuela mal diseñada o mal dotada. En todo caso es lícito preguntarse si el diseño escolar actual es lo suficientemente apropiado para afrontar las exigencias nuevas y onerosas que la globalización y la sociedad del conocimiento imponen al alumnado. Al respecto creemos que ha llegado la hora de plantear seriamente la cuestión del impacto de la arquitectura y del equipamiento escolar y de su proyección en cuanto al futuro del aprendizaje. En casi todas partes los centros educativos están organizados sobre la base de que hay una manera preferente de aprender y que es la misma para todos los alumnos. El aula tradicional

epitomiza este concepto partiendo de la premisa de que un cierto número de estudiantes de la misma edad -de los cuales se hipotetiza un similar desarrollo cognitivo y un bagaje semejante de experiencias- aprenderán la misma cosa en el mismo sitio, de la misma persona y de la misma manera, igual para todos. Aprender en el aula se concibe primordialmente como un proceso lineal asociado a la actividad transmisiva del profesor. Además, aunque la realidad lo desmienta cotidianamente, toda la organización escolar da por sentado que la manera adecuada de educar a largo plazo es mediante la repetición de este proceso un cier-

“Nadie sabe cuánto aprendizaje deja de materializarse por una escuela mal diseñada o dotada”

to número de veces, cada día lectivo y durante toda la escolarización del alumno.

El aula de clase es el símbolo omnipresente de una concepción de la educación tremendamente anclada en el pasado. Al alumno le habla más de éste que de su propio futuro y a su vez constituye un serio freno a cualquier expectativa de innovación educativa de calado y a largo plazo que conlleve la transformación de los roles de profesores y alumnos. Con su impersonalidad, su desnudez, su mobiliario rudimentario y sus acabados de mínimos el aula típica no suscita ningún vínculo emocional positivo en el alumno ni estimula su interés por el aprendizaje. Es un espacio en el que no está a gusto, al que va por obligación. Esto no ha cambiado ni siquiera con la irrupción de las TIC: aunque muchas aulas se hayan

modernizado con un ordenador conectado a un proyector o con tres o cuatro equipos en unas mesas laterales apenas han evolucionado los aprendizajes que su estructura permite llevar a cabo.

En el marco arquitectónico actual la instrucción individual a cargo de un profesor o de un alumno más experimentado no tiene generalmente cabida, como tampoco la tienen los trabajos colaborativos en equipos pequeños o medianos. La arquitectura escolar española actual ofrece algunos espacios polivalentes al precio de haber fulminado el teatro, una estructura cultural y comunitaria por excelencia, imprescindible para ver y escuchar, para cultivar el silencio y el respeto, para educar la sensibilidad, interpretar, debatir, disfrutar e, incluso, emocionarse. Ni siquiera proporciona bibliotecas espaciosas, bien dotadas y amuebladas, con rincones para el trabajo en grupo y el estudio independiente, la investigación y la producción individual. Las presentaciones de los propios estudiantes tienen serias carencias de infraestructura, por no hablar de los aprendizajes basados en actividades artísticas o relacionados con la música, en la realización de cosas mediante proyectos de media o larga duración que requieren espacios estables, en el uso discrecional de talleres y laboratorios, o en asuntos como la preparación de alimentos.

La actual arquitectura escolar corresponde a un sistema educativo que fue diseñado para la transmisión y el control. El aula es el espacio para dar lecciones con un horario escolar pautado a timbrazos que satisface el ideal administrativo-burocrático de hora-profesor-grupo-materia. No es un espacio concebido para investigar, ni para trabajar en equipo, ni siquiera para que lo hagan los profesores reforzándose mutuamente.

El espacio educativo del siglo XXI debe contemplar tanto la transmisión como las actividades que conducen a pensar de manera creativa, a comunicarse bien, a integrar objetivos personales con responsabilidad social y a desarrollar valores. Esto no se consigue sólo recibiendo lecciones sino que requiere reflexión individual e interacción social. Los diseños basados en aulas uniformes parecen no reconocer que aprender depende mucho de la capacidad de comunicarse, de recibir soporte individual, de producir y explicarse, de formar parte de equipos e, incluso, de liderarlos, de investigar y de aplicar el conocimiento. Nada de esto es posible con amplitud y profundidad en el marco de diseños anticuados que ignoran la necesidad de disponer de espacios personales y que tratan la interacción como si fuera una distracción que debe evitarse. Es por tanto preciso que el diseño escolar responda al hecho de que cada vez más la promoción personal del individuo va ligada a su capacidad de trabajar en equipo, a su habilidad para incorporar las tecnologías en la exploración, la comunicación y la creación y también a su competencia para adquirir, crear, aplicar y transformar conocimientos.

Los pupitres alineados cara al profesor no son el entorno de aprendizaje idóneo para el siglo XXI. No es posible mejorar la calidad de la educación sin levantar las restricciones conceptuales y materiales de su arquitectura, reflejo a su vez de la limitación de visiones pedagógicas a largo plazo y muy en especial de la falta de centralidad del alumno en su propio proceso de aprendizaje. En resumen, el reto educativo del siglo XXI es, en buena medida, el reto de la transformación coherente del diseño y de la arquitectura escolar.

Niños con y en dificultades

JUAN CARLOS LÓPEZ RODRÍGUEZ / Maestro

En las aulas siempre tenemos niños buenos, regulares y otros con dificultades, pero, ¿qué podemos hacer con ellos?

Estamos hablando de niños acnes, niños de nivel bajo recuperable, niños de “0” y a veces inmigrantes. Vamos a compartir algunas reflexiones.

» Los hay que no crecen mientras el árbol del conocimiento que tiene que adquirir cada vez es más alto. Por eso, en la escuela debe existir el multipatrón, no la talla única.

» A veces es increíble cómo a algunos sin deficiencia mental manifiesta, desde temprana edad se les da por desahuciados. ¿Cómo un niño en Primaria se puede prejujuar que ya no vale? ¿Qué va a hacer la escuela durante 10 años? Al menos tras de su paso por ella no debería ser peor. Puede que al llegar a nuestras manos tengan un bajo nivel o su educación no sea buena pero debemos hacer algún trabajo que mejore su persona, sin dañar su autoestima. Al final de 6º de Primaria no pueden estar igual que en 3º pero con la autoestima más baja.

» Se imaginan caer enfermos por beber y van al médico: les cura, pero no les riñe. De igual manera con estos niños hay que “curar” más que reñir, dado que en muchos casos ellos no son culpables de sus dificultades.

» Siguiendo con el símil médico, deberíamos tratarles más como “enfermos” que

como “delincuentes”. A un enfermo se le cuida y a un delincuente se le culpa.

» Para muchos niños entender las reglas de un juego es ya un ejercicio de razonamiento lógico y entender un problema, es un verdadero enigma.

» Muchos de estos niños crean problemas en las aulas porque están perdidos y buscan llamar la atención. Si no les atendemos nos atenderemos. En otras ocasiones, cuando son muy dóciles, pueden pasar la hora desapercibidos y aletargados, debemos estar alerta para que no pierdan la clase.

» A los niños que menos pueden, les pedimos más esfuerzo. Cuando deberíamos darles más paciencia y entrega y pedirles distintas cosas y de distinta manera.

» Hay niños que nacen con la profesión manual humilde escrita, podemos ofrecerles oportunidades pero no debemos forzarles a ser arquitectos o técnicos superiores, a todos.

» Nuestra misión es sacar el máximo posible de los niños, sin amargarles y sin amargarnos, sabiendo que el máximo posible de algunos es muy mínimo.

» A los torpes alguien se lo dijo y lo más grave es que nosotros les tratamos como torpes, mientras que a los más capacitados muchas veces les damos pistas para que resuelvan las situaciones.

» A veces la escuela es muy sancionadora, busca preguntas que no saben. Estamos bombardeando con el mensaje de que son inútiles. Tendemos a incidir en los defectos

más que en los logros. No debemos convertirnos en policías del error.

ALGUNAS IDEAS ÚTILES:

» Una de las claves de la atención a la diversidad es la organización del aula, física y organizativa.

» El currículo de los niños con Adaptaciones curriculares, debería ser más oral.

» Repartir la tarea primero a los lentos, para darles más tiempo para realizarla.

» Cuando les vayamos a preguntar, seguir un orden para que puedan predecir cuándo les tocará e incluso su respuesta.

» Si les preguntamos algo que tienen que saber (tipo torbellino de ideas), hacerlo a ellos primero para que sus compañeros “nos le quiten las respuestas fáciles”. Pero, si es una pregunta machacona que vamos a repetir, se les pregunta los últimos para facilitarles el aprendizaje por repetición.

» Su colocación en el aula es vital, no podemos tenerlos, cuanto más lejos mejor, para que no molesten. Deberían estar a nuestro lado o al de un alumno aventajado para que le ayude y le anime.

» Corregir colocándonos en su mesa para echarles una mano.

» Al que no sabe se le explica, pero no se le riñe. Un día una alumna que había copiado el verbo “To have” sin “h” y con “b”, cuando se lo hice saber, me respondió “lo siento, no lo hecho adrede”. Me hizo pensar, precisamente, que no hacen las cosas mal para fastidiarnos sino porque tiene dificultades.

» No culpar a los padres. ¿Qué pueden hacer sin conocimientos pedagógicos? Cuando llamé a uno para comentarle que su hija no hacía los deberes, me respondió, “y qué quieres que haga Juan Carlos, tengo 5 hijos más y tengo que trabajar”.

» Buscar el desarrollo de otras capacidades, no sólo lingüísticas y lógicas.

» Con los inmigrantes deberíamos esforzarnos por aprender algo de su idioma para ver la dificultad que tienen, facilitar la primera comunicación con ellos.

» Llamar a los niños con alegría, sin ironía (no caer en: A ver Pedro, ¿a qué no has hecho los deberes? ¿A ver qué me traes hoy?)

Normalmente son los críos que más guerra dan, los que más molestan e interrumpen, pero... ¿no será su actitud una manera de defenderse? Probemos a cambiar el patrón con que siempre se les ha tratado, a ofrecerle una sonrisa, una palmada en la espalda, un “ánimo, tú puedes” y observemos qué pasa, quizás nos llevemos una sorpresa.

Además, con ellos nos ganamos el sueldo pues los alumnos que todo lo saben, que hacen las tareas, que se portan bien... esos casi aprenden sin el profesor. Son los difíciles, los que nos plantean un reto diario para mejorar como docentes.

En definitiva, hay que enseñar éxito, clave de cualquier motivación, raíz del aprendizaje y base de la autoestima, a todos. No sólo dar de beber a los que tienen sed, sino a los que no saben que la tienen. Y pensemos que podrían ser nuestros hijos, si es que no lo son.